

TRANSFORMACIONES

Hilda Guzmán Montelongo



Capítulo 1

TRANSFORMACIONES

Capítulo 2

I

El hombre se transformó en gato. Un rayo de sol, que entraba por las persianas rotas, le caía sobre el lomo y se quedó un rato así, inmóvil, dándole la espalda con los ojos entrecerrados. La franja de sol se hizo más ancha, el gato se revolcó feliz sobre el polvo tibio que cubría el suelo y se puso a jugar con las motas de polvo que flotaban entre los rayos.

Sintió que debía acicalarse: primero una pata, luego una oreja, después la otra; restregó con insistencia sus ojos hasta dejarlos limpios de legañas; siguió con el hociquillo y los bigotes. Finalmente no quedaba nada sin asear y él relucía como si fuera un gato de fuego junto a los andrajos que la noche anterior no lo habían librado del frío.

Aún con el pelaje un poco húmedo, se quedó quieto al escuchar un ruido: lo habían encontrado... de nada le hubiera servido intentar esconderse, en toda la habitación solo estaban los harapos que él antes llevaba. Los chiquillos que lo habían perseguido toda la mañana ya estaban frente a él y lo miraban sin entender qué se había hecho de aquel vagabundo.

El gato no les interesaba por el momento. Como perros que intentaran recuperar el rastro perdido, se volvieron para comprobar que no había otra puerta mas que aquella por la que ellos mismos habían entrado, fue por eso que no vieron el relumbrar de los ojos felinos ni cómo el cuerpo entero se tensó silenciosamente mientras se preparaban las garras. Cuando uno de los perseguidores estuvo lo bastante cerca, se escuchó un maullido escalofriante.

Capítulo 3

II

El hombre se transformó en un ratoncillo justo delante de sus perseguidores. Ellos solo vieron que en el suelo quedaban amontonados los jirones de tela mugrosa que llevaba encima y pensaron que se había desvanecido. De pronto, les pareció que se había hecho de noche en esa casa abandonada y que solo se podía distinguir el brillo de los ojos de los compañeros. Mientras se volvían para mirarse y quizás preguntar algo, todavía desconcertados por la repentina desaparición, el pequeño ratón escaló la pared, saltó al alféizar y por el agujero de un ventanillo roto escapó sintiendo que las fuerzas, que le habían fallado unos momentos antes, se habían concentrado todas y podían impulsar su pequeño cuerpo en una precipitada carrera hacia las entrañas de aquel enorme edificio pleno de rumores y susurros.

Capítulo 4

III

El hombre se transformó en veloz lagartija y dejando en la mano del más violento de sus perseguidores sus ropas raídas y su cola, se escurrió por una hendidura del muro. Desde su escondrijo, disimulado por los arbolillos que habían invadido la casona abandonada, vio cómo sacudieron con rabia sus harapos y lo que aún le quedaba de humano sonrió y se acurrucó bajo las escamas de su nueva piel.

Capítulo 5

IV

El hombre se transformó en perro, en uno de esos perros callejeros de extraña estampa, hecho sin duda para sobrevivir en la calle: musculoso, de fauces poderosas y gran alzada. Su pelo achocolatado relucía bajo los rayos del sol que entraban por los ventanales rotos de lo que había sido el comedor de esa finca semiderruida. Después de inspeccionar y olisquear el sitio, marcó los rincones y algunos muros con su penetrante orina. Luego se recostó sobre los jirones de tela que cubrían antes su cuerpo humano. Esperaba.

Al poco rato irrumpió un tropel de ruidosos chiquillos armados de palos y sogas. Todavía jadeantes por la persecución, no acababan de entender dónde se había metido el vagabundo al que hostigaban. Cuando el can se irguió parsimoniosamente sobre los harapos, uno de los mocosos dijo: "Se lo habrá zampado este, ¿o qué?". Mito o no, todos recordaban la advertencia de que los perros sienten el miedo, así que muy cautelosamente, sin una palabra siquiera, empezaron a recular mientras la bestia, silenciosa, entreabría el hocico para mostrarles toda su fuerte dentadura.

Capítulo 6

V

El hombre se transformó en una rata, pero le seguían faltando ánimos para recorrer todo ese enorme edificio deshabitado. No se oían rumores, ni siquiera un grillo, como si cada bichito se hubiera agazapado entre esos muros, igual que lo hacía él dentro de su nuevo cuerpo. El roedor se quedó quieto un instante y acabó de entender lo que su instinto le indicaba: sus patas y su vientre sintieron resonar, ya muy cerca, los pasos de sus perseguidores.

Una banda de chiquillos invadió el sótano en busca de su presa: un vagabundo esmirriado y entumecido por el hambre y el frío que habían descubierto en un banco de la plaza y que en un descuido, como por milagro, se les escurrió dejándoles en las manos parte de los harapos que llevaba. ¿De dónde había sacado fuerzas para escapar? No lo entendían, pero después de la carrera, el deseo de divertirse era más fuerte aún. Uno de ellos removió con un largo palo un montón de trapos mugrosos. Entonces la rata se enderezó. Parecía el doble de grande con el cuerpo arqueado y el pelo erizado. Los feroces mordiscos que daba al aire eran una clara advertencia y los intrusos decidieron retirarse, tal vez temiendo que no estuviera sola.

Capítulo 7

VI

El hombre se transformó en arroyo; un arroyo que brotaba de uno de los muros derruidos y era tan escuálido como había sido la apariencia del vagabundo. Su pequeña corriente pronto se desbarató en chorritos que se deslizaron entre sus antiguos harapos mojándolos apenas. Unos metros más allá, tal vez engullido por la tierra ávida o quizás evaporado por los fuertes rayos del sol, se desvaneció justo a un palmo de sus perseguidores.

Capítulo 8

VII

El hombre se transformó en viento y luego se revolvió serpenteando entre los muros de la finca abandonada en busca de un hueco que le permitiera escapar. Dejó atrás un remolino de ramas arrancadas, vidrios rotos y basura.

Se sintió reconfortado y fortalecido con cada palmo que se elevaba sobre la tierra. La velocidad con que subía lo iba despojando de toda la amargura y la angustia de esos últimos días en que hasta los chiquillos intentaron ahorcarlo por mera diversión.

Subía y subía por entre los velos de una nube tan alta que parecía no tener fin. De pronto su nuevo cuerpo se hizo enorme y descendió huracanado dejando caer pedruscos de granizo sobre las cabezas de la turba de chiquillos que aún andaba de cacería. Incapaz de detenerse, continuó soplando enardecido durante varias horas.

Capítulo 9

VIII

El hombre se transformó en una lengua de fuego que empezó a enroscarse sobre sí misma para formar una esfera y flotando se deslizó sin tocar el suelo ni los muros. La maleza extendía sus hojas hacia la bola que a su paso iluminaba tenuemente los cuartos deshabitados. Tomó un pasillo cubierto de basura y lo recorrió despacio hasta encontrar en un recodo al grupo de chiquillos que lo había venido rastreando. Entonces la centella se detuvo, su brillo se fue incrementando y finalmente estalló.

Capítulo 10

IX

El hombre se transformó en piedra. Pero antes había registrado con desesperación todos los rincones de aquellos muros que muy pronto se desplomarían. Sin hallar nada mejor, se refugió en el que le pareció más lleno de maleza y se encogió pegándose al suelo como pidiéndole a la tierra que lo escondiese. La angustia le recorrió la espina dorsal cuando se oyeron los pasos de sus perseguidores. Cerró los ojos y contuvo la respiración.

Los que acababan de entrar solo pudieron descubrir entre la maraña vegetal una piedra cenicienta con cierta forma de animal acurrucado. El viento que se colaba entre las paredes cuarteadas mecía suavemente algunos viejos hilachos entre las ramas.

Capítulo 11

X

El hombre se transformó en polvo y fue recogido por el viento que lo trasladó muy lejos, donde no lo alcanzaran sus perseguidores.

Primero lo paseó un poco sobre la casona en ruinas, después lo llevó hacia la plaza entre las ajadas callejuelas y lo sacó del pueblo dispersándolo por los campos floridos entre los que siempre soñó hallar descanso.